



APUNTES

PARA LA HISTORIA DE LA VILLA DE SAN ANGEL, D. F.

INTRODUCCIÓN

En los Juegos Florales que durante las fiestas de la primavera del año de 1924 organizó el Honorable Ayuntamiento de la Villa de San Angel, figuraba entre los temas uno dedicado a datos históricos de la población citada. El premio al mejor trabajo de esa índole que se presentara, consistía, aparte de una cantidad en metálico, en la publicación del mismo.

Obtuve por decisión del jurado calificador el premio, pero por causas varias mi escrito quedó sin ser publicado.

Ajustándose estos apuntes a un verdadero estudio histórico documentado en impresos y manuscritos, y más aun incluyendo en él datos poco conocidos a la mayoría de las personas que se interesan por nuestra historia local, he juzgado oportuno incluirlo entre las publicaciones del Museo Nacional, ya que cae dentro de la índole de los estudios especiales realizados por esta benemérita Institución.

Con respecto a la documentación que tuve a la vista para escribir mis apuntes, queda incluida en las notas que lo ilustran. Seguramente hay mucho que agregar y tal vez que corregir, pero como espero que esta publicación dé oportunidad a mayores y mejores investigaciones, quien vuelva a tocar el asunto, podrá hacerlo y si bien le parece, incluir lo poco de original que encuentre aquí.

I

No existe ningún dato preciso, que permita conocer cuándo fué fundada esta población, ni cuándo tuvo su origen, teniendo, por lo tanto, que entrar en varias conjeturas, para apuntar siquiera su probable principio, partiendo siempre de hechos que lógicamente pudieron ser la causa del establecimiento de la hoy floreciente villa de San Angel.

Con algunas discordancias, como es de suponer en obras que tuvieron

su origen en relatos conservados por tradición oral, todos los antiguos historiadores cuentan la sucesiva llegada de las migraciones indígenas al Valle de México.

Según Fray Diego Durán, uno de los más autorizados cronistas de nuestra historia antigua, los toltecas fundaron hacia el último tercio del siglo séptimo, de nuestra era, un pequeño poblado en el sitio donde hoy se asienta Coyoacán. Pasados varios años, otras tribus, animadas de instintos bélicos, combatieron y vencieron a los toltecas, obligándolos a huir de sus antiguos lares, por lo que quedó Coyoacán casi despoblado. El pequeño núcleo superviviente a estas invasiones, vivió largo período de tiempo en relativa tranquilidad hasta la llegada de los chichimecas, al extenso Valle de México, el año de 1120. La nueva colonia tomó posesión de la tierra; y Xolotl, su rey, conquistó Coyoacán, haciéndolo su señorío feudatario; con la fusión de conquistados y conquistadores, Coyoacán adquirió importancia que se acrecentó después cuando el rey Tenochtlala cedió a los tepanecas la Provincia de Atzacapotzalco, en la que estaba vinculado Coyoacán; población que llegó a ser la segunda ciudad de los tepanecas. En este período (1357) es en el que se debe conjeturar la fundación de nuestra población de Tenanitlan, hoy San Angel, por las siguientes razones:

Tenanitlan fué un barrio de la ciudad de Coyoacán, y como queda expuesto, esta ciudad alcanzó todo su esplendor y grandeza bajo la sujeción de los tepanecas, pues antes sólo figuró como lugar de pequeña significación y de reducidas proporciones, no así cuando llegó a su mayor apogeo, y extendió su perímetro poblado de templos y palacios dilatando por sus contornos una sucesión de barrios y lugares para asiento de su densa población, de más de cincuenta mil habitantes, si hemos de creer a nuestros historiadores primitivos. Hay más, los habitantes de Tenanitlan y Tizapán¹ eran los proveedores de leña para el consumo de la populosa Coyoacán, pues entonces, los hoy escuetos lomeríos circunvecinos, estaban cubiertos de arboledas rumberas, y a esta circunstancia, como a la de ser el lado de la tierra firme, se debió la extensión de los tepanecas, al oeste de Coyoacán.

Si el pueblo otomí, cuyos vestigios se han encontrado debajo de la lava volcánica del pedregal, en el lugar llamado Copilco, se extendió hasta San Angel actual, y allí tuvo su asiento, no queda de ello huella visible y sólo una detenida exploración arqueológica que removiera el subsuelo, podría resolver esta conjetura,² por lo demás, el nombre mismo de Tenanitlan es

1 El Pueblo de Tizapán tuvo su origen en las primeras tribus otomíes que poblaron el Valle de México, y según tradición recogida en el propio lugar, dicen que el asiento primitivo estuvo en la extensa región conocida hoy por el Olivar. A ese pueblo fueron confinados los aztecas, cuando sólo eran una tribu débil, y sobre el pedregal, detrás del barrio llamado La Otra Banda y antiguamente Pilzintli, se ven las ruinas de Tizapán Huchue o Tizapán viejo; a mediados del siglo XVII, todavía estaba habitado y allí tenía su casa doña Isabel Cortés, descendiente de los Señores de Acuecuexco, de la familia del infortunado emperador Motecuhzoma Xocoyctzin. La heredad de esta señora sellamaba Contonco.

2 La mención más antigua referente a restos humanos, bajo la lava del Pedregal de San Angel, está en la obra "Clave Geroglífica," escrita por el licenciado don Ignacio

de la más pura filiación náhuatl y no se sabe que antes tuviera otro nombre esta población.

Resumiendo lo expuesto, asiento esta conclusión: Tenanitlan, barrio de Coyoacán, fué fundado por los tepanecas, quienes poblaron desde Coyoacán hasta Ajusco, Ocuila, Jalatlaco y Atlapulco, en el lapso comprendido entre los años 1357 a 1487. ¹

II

El esplendor a que había llegado Coyoacán, la segunda ciudad de los tepanecas, cuando arribaron los conquistadores españoles, se manifestaba en sus vistosos teocallis, altos, torreados, cuidadosamente encalados y pintados de vivos colores, y en sus seis mil casas y palacios rodeados de jardines y arboledas alineados a la vera de las rectas calles que dividían en regulares espacios la ciudad, limitada al Sur, por la sinuosa muralla de lavas volcánicas del pedregal; al Oriente, acariciada por las aguas de la laguna que espejaban la maravilla de su pintoresca arquitectura, y prolongándose por el Oeste y el Norte, hasta tocar pequeños poblados como el insignificante de Tenanitlan, lugarón de artesanos y labradores, barrio perdido de la populosa ciudad de Coyoacán, y más tarde designado como uno de sus términos o linderos. Contrastando con la belleza de la ciudad, el barrio componíase de humildes casuchas diseminadas sobre las lomas que forman las primeras estribaciones de las sierras vecinas, circundado por barrancas pobladas de enormes cantos erráticos, protegido por un petrificado mar de lava, tenía que ser designado con el nombre de lugar de las *grandes piedras* o el *cercado de piedras*, pues estos dos significados le asignan a la palabra Tenanitlan, varios etimologistas. ²

Borunda, hacia el año 1794, e impresa en Roma en 1898, por el Duque de Loubat y reimpressa en México, en 1906, por el doctor don Nicolás León, en su "Bibliografía Mexicana del Siglo XVIII," Sección Primera. El lugar donde hoy existen las osamentas descubiertas por las exploraciones efectuadas por la Dirección de Antropología, se conoce con el nombre de "El Olivarcillo" o "Panteón Viejo," lo que demuestra que ya en otros tiempos habían sido encontrados fúnebres despojos, o bien, que por tradición se conocía la existencia de una necrópolis en ese lugar, pues es bien conocida en Tizapán la tradición que recuerda la existencia de una ciudad que se encontraba entre esta ciudad y Tlalpan y que hoy está sepultada por el pedregal.

¹ Tezozomoc refiere en su crónica la conquista de Coyoacán por los mexicanos, en tiempo del rey Izoatl, diciendo: "... y en donde estas voces dieron (los Tepanecas), era desde Axochco, hasta estar estendidos todos los tepanecas que llegaban al pueblo de Ocuilla y a Xalatlalhuco y Atlapulco, a donde llegaron huyendo los tepanecas coyuaques..."

² Varias son las interpretaciones que los etimologistas asignan al nombre primitivo *Tenanitlan*. Según el señor don Mariano Rojas, profesor de lengua mexicana en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, el nombre debe ser *Tenantitlan*, palabra que interpreta así: *tenantli* muro o cerca de piedra, y *tlan*, lugar de o donde abunda; dando en consecuencia esta conclusión: *lugar donde hay muros de piedra o que está cercado de muros de piedra*; en lo que se ve una clara alusión al pedregal cercano llamado todavía "Pedregal de San Angel."

III

Ningún suceso de importancia suma dió a este lugar la celebridad que tuvieron otros en los tiempos anteriores a la conquista y sujeción de Anáhuac, y de su existencia en las postrimerías del Imperio Azteca, dan noticia varias crónicas antiguas al referir, que deseando el gran Emperador Moctezuma II hacer una piedra para los sacrificios, que fuera digna de la grandeza que tenía el templo del dios Huitzilopochtli, en la ciudad de México, despachó por todos los ámbitos del valle, a buscar una roca en que tallar el deseado monolito, y ésta fué encontrada en Tenanitlan, es decir, en el lugar de las *grandes piedras*.¹

Tierras de labranza cercadas por pequeños bordos de piedra, entre los cuales serpenteaban estrechos senderos, chozas aquí y allá colocadas sin orden ni concierto, tal vez un pobre y rústico teocalli bien enalado, en el centro de la población, descollando sobre el verdor de las milpas y arboledas o poniendo una nota alegre sobre el fondo sepia de los rastrojos y pajizas chozas, tal sería el aspecto de la población antes de la conquista y en los años inmediatos que la sucedieron.

La abundancia de piedras en la región, originó otro elemento de vida entre sus pobladores, dando cierto renombre y fama a los canteros de Tenanitlan.

Como barrio de Coyoacán, a esa ciudad estaba sujeta; allá acudían los moradores al tianquis o mercado, a pagar el tributo al cacique, a ventilar sus querellas y prestar sus servicios personales en la casa de sus señores;² era, por lo tanto, la ciudad de Coyoacán, la que regulaba la vida del barrio, y la que, como se verá después, lo convirtió en un pueblo de nombradía.

1 Primera Parte de los Veintiún Libros Rituales i Monarchia Indiana," por fray Juan de Torquemada, Madrid, 1723. Libro II, capítulo LXXIX, página 214.

2 En el Archivo General de la Nación existen varios manuscritos cuyos títulos son: Memoria de la Tasación que tiene don Juan de Coyoacán que tasó el Oidor Doctor Santaella, cuando hizo la visita a la villa de Coyoacán; Memoria de la renta (del tianquis o mercado) que se recogía y quien la daba; Memoria de los que venden en el tianquis de Coyoacán; Memoria de los naturales que tienen que acudir, por obligación, a la casa del Cacique D. Juan. Aunque en estos documentos no se encuentra mención especial de Tenanitlan si están citados otros pueblos y lugares circunvecinos, quizá la poquísima importancia del barrio no mereció mayor aprecio. Cita los anteriores manuscritos el señor don Francisco Fernández del Castillo en sus "Apuntes para la Historia de San Angel," y no señala la asignatura de clasificación que tienen estos importantes documentos en el archivo donde se guardan.

El cacique a que se refieren se llamaba Ixtolinque que, gran amigo de los españoles y su fiel aliado en los hechos de la Conquista del Anáhuac, hasta el punto de haberles salvado la vida a don Hernando Cortés; se convirtió al catolicismo y tomó el nombre de don Juan de Guzmán Ixtolinque; fué agraciado por el Emperador Carlos V, quien le concedió escudo de armas, varias mercedes y extensas tierras, siendo, por lo tanto, el Señor Natural de Tenanitlan y todos sus alrededores.

IV

Efectuada la conquista, las grandes poblaciones del Imperio Mexicano sufrieron una transformación completa; unas perdieron su antigua importancia y otras, al establecerse en ellas los nuevos señores de la tierra, evolucionaron rápidamente. Coyoacán tenía grandes atractivos y supo enamorar al bravo conquistador de Nueva España, siendo teatro de grandes acontecimientos históricos. En atención a su importancia, los recién llegados franciscanos establecieron un convento en Coyoacán, monasterio que años más tarde pasó a poder de los dominicos, quienes en verdad, fueron los evangelizadores de toda la comarca.

Vasta y poblada era la jurisdicción del convento de San Juan Bautista de Coyoacán, para poder con facilidad atender a las necesidades espirituales de los indios que la habitaban, y decidieron los hijos de Santo Domingo crear otros conventos como ayudas de parroquia,¹ escogiendo, quizá por su situación, por lo agradable de su clima o por otras circunstancias que me son desconocidas, el barrio de Tenanitlan, para fundar una casa cural.

Al decir de un historiador,² fué muy sencilla la primera casa de los dominicos de Tenanitlan, pues sólo se componía de una pequeña ermita de adobe dedicada a la Virgen del Rosario. Construcción ésta, que más tarde se transformó en una modesta iglesia, con su pequeño convento adjunto. No existe dato alguno que permita conocer cuándo se hizo la fundación; pero es de suponer que fué al finalizar el siglo XVI, pues en 1596 se puso la casa bajo la advocación de un santo dominico, como veremos en seguida.

V

Año memorable fué el de 1596, en los anales de la colonia de Nueva España, por haberse conmemorado por vez primera la canonización de un santo.

En 16 de abril de 1594, el Papa Clemente VIII canonizó solemnemente en Roma al glorioso Jacinto, el ex-conde *Kontzka*, compañero de Santo Domingo y uno de sus más activos colaboradores. Hasta 1596 llegó noticia a México de tan fausto acontecimiento y los dominicos de la Provincia de Santiago de Nueva España, se apresuraron a celebrarla con todo esplendor. Estos religiosísimos padres, dice un historiador jesuíta del siglo

1 El "Libro Tercero de la Historia Religiosa de la Provincia de México, de la Orden de Santo Domingo, compuesta por fray Hernando de Ojea," en su capítulo 9, "Decommo se diuidió la Prouincia de Mexico en dos: en Prouincia de Mexico y S. Hypolito de guaxaca," dice: Nación Mexicana. 35 Sn Jacinto de Cuyuacan. . . 36 Sn Domingo de Cuyoacan (hoy Mixcoac.)

2 Don Francisco Fernández del Castillo, en su obra —citada antes en la nota número 6—, página 13.

XVIII,¹ queriendo que entrasen a la parte de su júbilo las demás familias religiosas de México, repartieron entre ellas y algunos otros cuerpos respetables, los días de la octava, dejando el último para la Compañía de Jesús a quien quisieron distinguir con este singular favor. Se procuró a desempeñar la obligación en que nos ponía una demostración tan sensible de estimación y amistad. El día primero de la solemne octava, se llevó la estatua del santo, de la Catedral al imperial convento, tomando el rumbo por nuestra Casa Profesa. A la puerta de nuestra iglesia se levantaba un hermoso edificio sobre dos arcos de bella arquitectura, y en medio un altar ricamente adornado en que descansase la imagen. Todo el largo de la calle, de las más vistosas y capaces de México, se había procurado colgar de cortinas y tapicerías que pendían de los balcones y ventanas. La parte inferior que estuvo a cargo de la noble juventud de nuestros estudios, se veía llena de doseles magníficos, galoneados de oro y plata, con tarjas, carteles y pinturas de diversas invenciones, de emblemas, empresas, enigmas, epigramas, himnos y gran diversidad de ruedas, laberintos, acrósticos y otro género de versos exquisitos, los más en lengua latina, italiana y castellana, y algunas en griego y en hebreo. Llegando a nuestra iglesia la procesión, salieron a recibirla todos los padres de aquella casa y del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, con luces encendidas. Seguíanlo dos docenas de jóvenes, los más distinguidos entre nuestros estudiantes, gallardamente vestidos, con cirios en las manos, y tras de ellos otros cuatro, que con mucha vivéza y gracia, dieron en un diálogo en verso el parabién al santo de su nueva gloria y a la religión por la que recibía de un hijo tan ilustre. El siguiente viernes, sexto día de la octava, que celebró el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral, y asistió después a la mesa, tuvieron aquellos religiosos padres la benignidad de oír a uno de nuestros hermanos teólogos, que en tiempo del refectorio recitó, con grande aplauso de los oyentes, una oración latina en alabanzas del glorioso San Jacinto. La misma tarde, tres colegiales del Seminario representaron el mismo asunto, sobre un teatro majestuoso que se había erigido en la misma iglesia, una pieza panegírica repartida en tres cantos de poesía española, cuyos intervalos ocupaba la música. Obra que el ilustre Cabildo quiso mostrar no menos el aprecio que hacía de la esclarecida religión de Santo Domingo, que la confianza y alto concepto que formaba de nuestros estudiantes, a quienes quiso se encomendase el desempeño de aquella lucidísima función. El domingo, que era el señalado a nuestra

1 Con motivo de estas solemnes festividades escribieron, el dominico fray Antonio de Hinojosa, "Vida y Milagros del glorioso San Jacinto del Orden de Predicadores, Bula de su Canonización y noticia de las fiestas con que se celebró en México." y el P. jesuíta Juan Arista, "Octavas Reales en elogio del glorioso San Jacinto, Recién Canonizado por la Silla Apostólica," ambas obras impresas en México en la casa de Pedro Balli, en 1597, pero de las que no se han encontrado hasta hoy un solo ejemplar, y son conocidas, por referencias que de ellas hacen varios escritores antiguos. El relato inserto en mi trabajo, quizá está basado en aquellos impresos, lo trae en su "Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús, de Nueva España," México, 1841, Tomo I, Libro IV, páginas 339 y siguientes, el P. jesuíta Francisco Xavier Alegre.

religión, celebró la misa el padre rector del Colegio Máximo, y predicó el padre preposito Pedro Sánchez, con aquella elocuencia y energía que acompañó siempre a sus discursos, asistiendo toda la comunidad, como después al refectorio, en que uno de nuestros hermanos teólogos recitó un bello panegírico en verso latino. Después se ordenó una procesión que presidió con la capa de coro el padre rector del Colegio Máximo, anduvo al rededor del claustro interior y de la iglesia, cargando la estatua los jesuítas, hasta colocarla en un magnífico retablo que le estaba destinado. Tal fué la honra que a la mínima Compañía quiso hacer la insigne Orden de Predicadores.

Satisfechos quedaron todos después de las festividades descritas, pero la Orden de los Predicadores, deseosa de perpetuar la memoria del nuevo santo, acordó consagrarle la casa del pueblo de Tenanitlan, la que, a partir de 1596, se llamó San Jacinto Tenanitlan, haciéndose extensivo el nombre del santo al pueblo mismo que hasta entonces no tenía agregado alguno.¹

Con la erección de la parroquia, el antiguo barrio de Coyoacán adquirió el título de pueblo, creciendo un tanto su importancia.

VI

En el tranquilo ejercicio de su ministerio parroquial vivían los frailes de San Jacinto en su convento, pero un día supieron, con disgusto, que la Orden del Carmen había dispuesto compartir con ellos la paupérrima población de Tenanitlan. Algunos años antes, don Felipe de Guzmán Ixtolinque, Cacique y Señor de Chimalistac, lugar inmediato a Tenanitlan, había dado a los carmelitas la mitad de una huerta que su padre don Juan, Señor de Coyoacán, le dejó para ciertas mandas piadosas; situada la huerta junto a Chimalistac, tenía en su término hacia San Jacinto, una pequeña ermita de adobe dedicada a San Felipe.

Hecha la donación, el Provincial de los carmelitas, hombre activo y emprendedor, convirtió la humilde capilla en hospicio eclesiástico, poniendo como vicario de él a fray Juan de San Pedro, el año de 1614. Los dominicos comprendieron todo lo que venía detrás de esta fundación y con energía se propusieron evitarla.

Desgraciadamente para ellos, por entonces, doña Agustina Chilapa, viuda y heredera de don Felipe, enfermó gravemente; sin sucesión, pues su

1 El lugar, como ya indiqué antes, se llamaba Tenanitlan, siendo también mencionado Tenantitlan, Atenantitlan, Tenanitla y Tenatitlan; indudablemente estos tres nombres últimos están estropeados por los escribanos españoles; del segundo aquí mencionado véase la nota 4. Cita el señor Fernández del Castillo, en sus "Apuntes para la Historia de San Angel," página 12, un manuscrito existente en el Archivo General de la Nación, donde consta: "Este día 18 de Febrero de 1554, se hizo la partición de los terrenos del barrio de Atenantitlan, según lo habían pedido ante el Gobernador Don Juan de Guzmán Ixtolinque... los principales del *pueblo* (sic), eran Francisco Cihuaéihutli, Juan Tonal y Juan Icnóyotl, que cuidaban las tierras del cacique gobernador y los naturales también de Tenanitla (sic), Alonso Tepaneco, Miguel Izqui, Francisco Xico y Pedro Tzototl."

hijo único había muerto, viendo que la obra del hospicio adelantaba poco, dejó a los religiosos, en su testamento, dos pedazos de tierra contiguos a la huerta, y la mitad del cerro de Ocotepec, muriendo poco después.

Considerando el Provincial cuan a propósito era el lugar para hacer un convento grande, tomó con permiso del Definitorio, cuarenta mil pesos a censo, y con ciento dieciséis trabajadores, abrió canteras en la parte del pedregal comprendida en el terreno donado por la magnificencia de la cacique doña Agustina Chilapa, tendiendo puentes para facilitar el paso sobre los ríos que lo cruzaban.

Si los dominicos pusieron impedimento a esta fundación, como después veremos, no fué sólo por defender su jurisdicción parroquial, sino por viejas rencillas que tuvieron principio de la siguiente manera: Por el año de 1601 compraron los carmelitas las casas de Juan Maldonado de Montejo, ubicadas en la calle de Jerónimo López y muy cerca de la de los Donceles en la ciudad de México, con el fin de fundar un colegio seminario bajo la advocación del mártir carmelita San Angelo.

No bien conocido del público el propósito de los carmelos, los frailes del imperial convento de Santo Domingo, de la misma ciudad, se opusieron con energía a la fundación, alegando, entre otras razones, la proximidad de su monasterio a las casas designadas para seminario, apoyando su oposición en un breve pontificio del Papa Clemente IV dado en Perusa, acerca de que un convento distara de otro cuando menos trescientas cañas y la distancia entre ellos y los carmelitas era de ciento veinte.¹

Largas y enojosas discusiones tuvieron lugar con este motivo viniendo a parar en un convenio, mediante el cual, el colegio se haría a cambio de estas condiciones: su iglesia sería privada, sin puerta a la calle ni campanario, no se celebrarían oficios con solemnidad, no se pedirían limosnas para el sostenimiento del culto, se vedaría la entrada a las mujeres, y otras cláusulas por el estilo, concluyendo, que ese contrato no sería anulado ni se apelaría de él ante el Papa. Pero en 1603 el Pontífice Clemente IX eximió a los carmelitas de estas obligaciones, con lo que los dominicos quedaron resentidos.²

En la hermosa huerta de Chimalistac, de belleza agreste, veían los carmelitas un trasunto de su Monte Carmelo, y sugestionados por tan múltiples atractivos se decidieron a construir, no ya el convento proyectado, sino el convento de San Angelo, y una de las más grandes y magníficas casas de la Orden.

Fray Andrés de San Miguel, notabilísimo arquitecto, trazó la planta de construcción, poniendo la primera piedra el día de San Pedro y San Pablo, 29 de junio del año de 1615. Muchas dificultades tuvieron los carmelitas

1. La canna o caña es una antigua medida italiana equivalente a ocho palmos, o sean dos varas castellanas, poco más o menos.

2 "Concierto entre frailes de Santo Domingo y carmelitas descalzos, sobre la fundación del Colegio de San Angel." Manuscrito que existía en la biblioteca que fué del señor don José María de Agreda y Sánchez.

durante la construcción; ya se negaban los indios a trabajar, ya se amotinaban alegando aumento de salarios o bien desertaban de la obra destruyendo lo fabricado, y todo, según el decir de los carmelitas, por instigación del cura dominico de San Jacinto.

Concluido el convento se procedió a cercar el vasto perímetro de la huerta, poniendo presas en los ríos, y cerrando varios caminos vecinales, dando motivo con esto a que el cura instigador reuniera a los indios de Tenanitlan, y con palas, azadas y otros instrumentos destruyera la obra de las presas: evitando cuestiones enojosas los carmelitas no apelaron del atentado pero prosiguieron la obra.

Poco tiempo después se reunió el Capítulo Provincial en el monasterio de San Angelo de Tenanitlan, y como era costumbre concluir esta reunión celebrando misas por los frailes difuntos, cuando se estaba efectuando esta ceremonia y hacía los panegíricos fray Pedro de los Apóstoles, el turbulento cura de San Jacinto, acompañado de sus indios, se presentó de improviso armando gran bulla con trompetas que para ese efecto traían; cuantas veces quiso reanudar su discurso el predicador, tantas fué interrumpido hasta que el Corregidor de Coyoacán, que se hallaba presente, ordenó que se callaran los alborotadores. Continuó el orador, pero a la mitad de su plática, empezó de nuevo el escándalo; en la confusión se llegó a las vías de hecho, arremetiendo el Corregidor, espada en mano, contra los revoltosos; hubo varios contusos y el Capítulo dió la queja al prelado dominico, quien quitó al fraile de la Parroquia de Tenanitlan, con lo que cesaron las dificultades.¹

La Orden del Carmen era rica y poderosa y su magnífico monasterio de San Angelo Mártir, en Tenanitlan, gozó de fama desde su fundación. Prelados y grandes señores lo visitaban a menudo, mandas y capellanías de consideración aumentaban sus rentas, y siendo él el principal objeto del pueblo, cuando a éste se referían mencionaban siempre: San Angel, junto a San Angel o en San Angel, llegando con el tiempo y en fuerza de la costumbre, a olvidarse el propio nombre del pueblo de San Jacinto Tenanitlan, no siendo menor parte para ello la animosidad de los del Carmelo hacia los de Santo Domingo, pues cuando redactaban sus actas capitulares, sus escrituras de capellanías, censos, contratos y hasta el ex-libris de su biblioteca, lo hacían con la designación de "Colegio de Señora Santa Ana de la Villa de Cuyucán," nunca el nombre del pueblo.²

Fué inútil que se le cambiara la advocación al monasterio del Carmen edificado en Tenanitlan, mediante una escritura de patronato concertado en 23 de febrero de 1634, entre este monasterio y la señora doña Mariana de

1 Datos tomados de los textos siguientes: "Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen de la primitiva observancia, por el Padre fr. Manuel de S. Gerónimo." Madrid, 1710, tomo VI, libro XXIII, capítulo VI, página 31;"... Fray Andrés de San Miguel noticias bio-bibliográficas, ... por don José María de Agreda y Sánchez, Anales del Museo Nacional de México, Primera época, tomo IV, México, 1897.

2 He visto también en documentos referentes a este monasterio, llamársele Colegio de Señora Santa Anna de Chimalistac o Chimalistaca.

Aguilar Niño viuda de don Melchor de Cuéllar, fundador del Convento del Desierto de los Leones, mediante la cual ella se comprometía administrar a los carmelitas, tres mil pesos de oro común "de renta y censo perpetuo en cada un año" y sesenta mil de principal, a cambio de que la comunidad contrajese la obligación de decirle cierto número de misas por ella y por sus deudos vivos y difuntos, hacer sufragios cuando muriese, permitiendo poner su escudo de armas al lado derecho del altar mayor de la iglesia del monasterio y al izquierdo su enterramiento y el de sus padres, con una inscripción encima, "donde constara ser ella la Patrona," y el convento colegio estar dedicado a Señora Santa Ana, por devoción suya. La admisión de esta última cláusula originó en el seno de la Provincia de San Alberto de Carmelitas Descalzos de Nueva España la determinación de darle por titular a San Angelo Mártir, el primer convento que se fundase, lo que se efectuó años después, al irigir el de Salvatierra.

La costumbre de designar al convento de carmelitas con el título de su primer patrono se había arraigado de tal modo, que nadie le llamaba colegio de Señora Santa Ana, sino Convento de San Angel, y sólo para los documentos oficiales del instituto religioso, existió el nombre impuesto por la patrona doña Mariana.¹

En breves y fugaces notas he recorrido las páginas de la historia de este pueblo, desde su probable origen como barrio de Coyoacán, en la época anterior a la conquista y buen espacio de tiempo en la décimosexta centuria, pueblo de por sí cuando tuvo su parroquia y añadió a su nombre indígena el del Santo Predicador San Jacinto; he expuesto sus vicisitudes, las tribulaciones que lo agitaron, el principio de su verdadero título, la poca suerte y la usurpación de éste, dejando para otra vez el hacer una amplia reconcentración de datos que permitan ver, con el auxilio de viejos y olvidados manuscritos, la completa historia de este bello, florido y encantador rincón de nuestro incomparable Valle de México.

Mayo de 1924.

1 Escritura del Patronazgo del Colegio de Señora Santa Anna que antes era de San Angel, de la Orden de Carmelitas Descalzos, que se dió a Doña Mariana de Aguilar Niño viuda de Melchór de Cuéllar. Año 1634. Manuscrito que existía en la biblioteca que fué del señor don José María de Agreda y Sánchez.

Doña Mariana de Aguilar Niño, era hija de Melchor de Aguilar Sotomayor y de doña Leonor de Escobar Melgarejo.

FEDERICO GÓMEZ DE OROZCO.